

# BREVE HISTORIA DE HERNÁN CORTÉS

Francisco Martínez Hoyos



# Índice

Introducción .....	13
Conquistadores de carne y hueso .....	18
Cortés, el predicador .....	23
Más allá de la conquista .....	26
Capítulo 1. La raíz extremeña.....	29
¿Hidalgos pero pobres? .....	32
Orgullo de casta .....	37
Tiempo de formación .....	40
¿Italia o las Indias? .....	46
Capítulo 2. Soñando con el futuro .....	49
La quimera del oro .....	51
Un novato con pretensiones .....	54
Cuba, el siguiente peldaño .....	57
Novio a la fuerza .....	60
Una expedición tras otra.....	64
El momento de la verdad.....	68

Capítulo 3. El inicio de la conquista.....	75
El mito de los barcos quemados .....	77
El enemigo de mi enemigo es mi amigo .....	80
Tlaxcala, del enfrentamiento a la alianza .....	88
¿Hacia la boca del lobo?.....	92
Capítulo 4. Cortés en el país de las maravillas .....	97
Gran golpe de mano.....	101
Españoles contra españoles .....	107
La matanza del Templo Mayor .....	113
La noche triste.....	117
Capítulo 5. La Cenicienta del Nuevo Mundo.....	123
Nacer entre la realidad y el mito .....	125
El don de lenguas.....	127
Una asesora insustituible .....	133
Mujer de armas tomar .....	135
¿La madre de los mexicanos? .....	137
Los últimos años .....	139
La otra Malinche.....	144
Capítulo 6. La victoria.....	147
El asedio de Tenochtitlán.....	150
El infierno en la tierra .....	153
Los indígenas conquistadores .....	157
La ley del más fuerte.....	159
Animales feroces.....	163
El mito de los dioses.....	165
Dos maneras de ver el mundo .....	167
El arma biológica .....	170
Capítulo 7. La organización de un imperio.....	173
Constructor de un nuevo México .....	175
La aparición de la encomienda .....	179
Utopía cristiana.....	186
¿Anatomía de un asesinato? .....	190

Capítulo 8. El corazón de las tinieblas .....	195
La sombra de la traición .....	198
Hacia la boca del lobo .....	201
Una ejecución polémica .....	205
Otro desastre a la vuelta .....	208
Misión de rescate .....	211
Regreso a España .....	213
 Capítulo 9. El solicitante molesto .....	 217
 Capítulo 10. Juicios encontrados .....	 239
Cortés desde la Nueva España .....	242
Cortés y la construcción de México .....	244
Los hispanófilos .....	246
¿Héroe o demonio? .....	247
Polarización persistente .....	252
 Bibliografía .....	 259

# Introducción

Pocos personajes históricos han generado visiones tan contrapuestas como Hernán Cortés. Para sus admiradores, es el héroe de una gesta irrepetible: con apenas unos centenares de hombres, logró apoderarse del Imperio azteca, y lo hizo en unas circunstancias tan adversas que el historiador Bartolomé Bennassar lo ha llamado «el conquistador de lo imposible». Para sus críticos, en cambio, representaría el arquetipo de los bárbaros que se abalanzaron sobre el Nuevo Mundo, tan sedientos de oro y esclavos que para conseguirlos no repararon en medios, por atroces que fueran. De ahí que un libro titulado *Malos de la Historia de España* lo incluya en su lista de perversos. De él se hace un retrato negrísimo, lógicamente: «Cortés era astuto, mentiroso, maquiavélico, atributos del político renacentista que le sirvieron mucho para dividir a los indígenas y utilizar las

divisiones en su favor». Para los autores de este estudio, Juan Carlos Losada y Gabriel Cardona, la actitud del español, al abusar ostensiblemente de Moctezuma, el emperador azteca, se situaría en las antípodas del código del honor caballeresco.

De hecho, esta visión oscura es la que ha predominado en el imaginario popular. ¿Responden tales acusaciones a la realidad objetiva o, por el contrario, obedecen a una leyenda negra orquestada con talento? Lo cierto es que la controversia arranca ya en el siglo XVI. Si las fuentes aztecas, recogidas por fray Bernardino de Sahagún, presentaban a un Hernán Cortés obsesionado con las riquezas, las crónicas españolas dibujaban a un paladín a la altura de los personajes homéricos. Si un Bartolomé de las Casas denunció terribles matanzas, uno de los conquistadores, Bernal Díaz del Castillo, rechazó el cargo con indignación por ser, a su juicio, fruto de la fantasía.

En realidad, la documentación desmiente las posiciones extremas. A quien piense en Cortés como en una especie de Hitler con armadura y arcabuz, le sorprenderá saber que el extremeño llegó a denunciar ante el rey los abusos de sus compatriotas con la población indígena: «Ya falta más de la mitad de la gente de los naturales, a causa de las vejaciones y malos tratamientos que han recibido». El conquistador se refería a la actuación de las autoridades novohispanas, que habían aprovechado su ausencia de México, con motivo de un viaje a España, para cometer todo tipo de desmanes. Otro asunto es hasta qué punto le importaban los derechos de seres humanos concretos o, si por el contrario, se limitaba a lamentar la destrucción de una fuente de riqueza, lo que hoy denominaríamos «recursos humanos». Para Tzvetan Todorov, su comportamiento encarna una llamativa contradicción: a la misma persona que cae deslumbrada ante una cultura ajena, no se le ocurre pensar que sus

artífices sean personas individuales. Desde esta óptica, Cortés vendría a ser el equivalente de los actuales turistas, que al viajar por el Tercer Mundo valoran la artesanía local sin preocuparse por los artesanos. Y, sin embargo, su testamento da a entender que sentía remordimientos por las injusticias cometidas... Personaje poliédrico como pocos, se resiste una y otra vez a las definiciones fáciles.

Nos encontramos, pues, ante unos hechos que exigen una muy difícil valoración. Entre otras razones porque se producen en un universo mental muy distinto al nuestro, en el que nociones como libertad o derechos humanos resultan por completo extrañas. Alguien podría objetar que el mandamiento religioso «No matarás» existía desde mucho antes, pero este es un argumento simplista. Los conquistadores, en tanto que cristianos, tienen la obligación de aceptar los preceptos bíblicos. Pero los mismos, como cualquier texto, son susceptibles de interpretación. Para un creyente de la época, empuñar las armas no ofrecía ningún problema moral siempre que de por medio hubiera una causa justa. Algo que podía hallarse con facilidad, a partir de argumentos más o menos sinceros sobre la necesidad de llevar la luz de la civilización a naciones esencialmente bárbaras.

Si se quiere ser objetivo, hay que huir tanto de la leyenda negra como de la leyenda rosa, sin dejar de reconocer que en ambas se encuentra una parte de razón. Más que de juzgar a un personaje, se trata de comprenderlo, algo que no es sinónimo de justificar cada uno de sus desafueros. Y esta labor de discernimiento exige abrirse a una realidad compleja, en la que perviven tanto elementos medievales —el guerrero caballeresco aún representa un modelo a seguir—, como renacentistas. Por encima del honor, lo que primará será la despiadada razón de estado, que prescribe el uso de la crueldad si de

ella se deriva un bien público. Maquiavelo, el más destacado apologista de esta mentalidad, no duda en prescribir al hombre político un pragmatismo que huye de las consideraciones morales: «Y hay que saber esto: que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede cumplir todas las cosas que hacen que llamen bueno a un hombre, sino que necesitará con frecuencia para mantener el estado, obrar contra la palabra dada, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión».

Nos hallamos, pues, en un campo minado en el que las palabras van cargadas de connotaciones. El concepto de 'conquista', por ejemplo, se ha cuestionado por su contenido colonial, ya que implicaría que los únicos protagonistas fueron los españoles, relegando a los indígenas al papel de simples comparsas. Sin embargo, otras alternativas también ofrecen problemas, como la propuesta del Gobierno mexicano con motivo de los fastos del quinto centenario del primer viaje colombino. Lo que se produjo en 1492 no habría sido un descubrimiento sino un «encuentro», término que resulta demasiado idílico al disimular el ejercicio del poder por parte de unos y la sumisión a la que se vieron sometidos otros. Como dice el historiador Arndt Brendecke, las agresiones quedan así desdibujadas.

Pero esta violencia, indudable, no se dio sólo en una dirección, la de los agresivos conquistadores hacia los nativos indígenas inocentes e indefensos, a los que el mito del buen salvaje condena a una nueva forma de paternalismo. Desde una óptica indigenista se suele suponer que la llegada de los españoles marcó el inicio de la opresión de los pueblos autóctonos, como si la América prehispánica fuera una sociedad poco menos que idílica. Esta visión, por desgracia, enmascara las tensiones en el mundo prehispánico, dividido, como el europeo, en opresores y oprimidos. Un historiador mexicano, Federico Navarrete Linares, critica con razón



el maniqueísmo que ha invadido la historia tradicional de su país, al contraponer al indio «bueno» con el «malvado» blanco. «En esa guerra atroz, ambos bandos cometieron crueldades y algunas de las peores estuvieron a cargo de los mexicas y los aliados indígenas de los españoles, que se vengaban así de ofensas recibidas».

Se trata, por tanto, de aparcar prejuicios y de ponerse en la piel de los tlaxcaltecas o los totonacas: estos no apoyaron a Hernán Cortés porque fueran traidores, sino porque realizaron una evaluación de costes y beneficios. Se les presentó una ocasión única para librarse de la dominación azteca y decidieron aprovecharla. En cuanto a los españoles, intentemos colocarnos en el lugar de unos hombres que, al llegar a tierras americanas, se hallaron frente a un mundo que desconocían por completo, sin apenas puntos de referencia para comprenderlo. Todo en él ofrecía fascinantes novedades. López de Gómara, en su *Historia general de las Indias*, expresa muy bien este sentimiento de maravilla ante los incesantes hallazgos. Nada se parecía a la vieja Europa, ni el entorno natural ni las culturas de los pueblos nativos:

Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y grano de la tierra, que no es pequeña consideración del criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero los hombres son como nosotros, fuera del color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían, como vienen de Adán.

Por tanto, aunque los colonizadores pretendieran reproducir el modelo de Castilla, el resultado tuvo que ser forzosamente distinto. ¿Fue Hernán Cortés el representante arquetípico de este poder español? Sus expediciones, como más tarde las de Pizarro, responden a lo

que ahora llamaríamos «iniciativa privada». De ahí que sus protagonistas posean un acentuado orgullo: consideran que el mérito les pertenece a ellos en solitario, en tanto que actores de una gran hazaña sin el respaldo de su metrópoli. Díaz del Castillo así lo afirma en el comienzo de su *Historia Verdadera*, cuando proclama que sus compañeros descubrieron la Nueva España, el actual México, a su costa, «sin ser sabedor de ello su majestad». Sin nadie que les socorriera, ellos se habían enfrentado a un mundo extraño, en medio de mil peligros, soportando toda suerte de penalidades para ganar así un territorio que después pusieron en manos de su emperador, Carlos V, como fieles vasallos que eran.

Este tipo de lamento lo hallaremos en más de una ocasión. Francisco Pizarro, sin ir más lejos, se quejó de que nadie lo había ayudado a vencer a los incas, pero que después de pasado el peligro le enviaban a un supervisor para que controlara sus actos. Un cronista de la época, Gonzalo Fernández de Oviedo, abunda en la misma idea al señalar que la Corona no se jugaba sus recursos financieros y humanos en los descubrimientos, limitándose a contribuir con «papeles y buenas palabras».

## CONQUISTADORES DE CARNE Y HUESO

Sin un imperio poderoso que les respaldara, los españoles necesitaban buenas razones para abandonar sus hogares, cruzar el océano y arriesgar sus vidas. ¿Qué tipo de motivación les impulsó? Aunque la historia militar tradicional se extasíe con las páginas gloriosas, detrás de cada hazaña, real o supuesta, se escondía una realidad desagradable: la que reflejan los cronistas de Indias con valiosa información sobre un cúmulo de durísimas experiencias, muy alejadas del *glamour* que a veces se presupone a los héroes. En territorio desconocido, los



Retrato de Hernán Cortés

conquistadores se acostumbraron a dormir calzados y con las armas preparadas. Sin posibilidad de recibir refuerzos y sometidos a todo tipo de privaciones, debían vivir en alerta permanente si querían tener una oportunidad de sobrevivir.

Pero, a cambio del peligro, perseguían oportunidades de progreso económico y social. Se trataba, en palabras de Bernal Díaz, de «procurar ganar honra». Un hombre que se preciara tenía la obligación, nos explica en su crónica, de hacer lo posible en beneficio de su

progreso personal: «Los nobles varones deben buscar la vida, e ir de bien en mejor». Por su parte, Bernardo de Vargas Machuca, en *Milicia indiana*, insiste en lo mismo con una sinceridad aún más descarnada. «Si el soldado trabaja, es por el deseo de riquezas». Por eso mismo, para un jefe militar tiene gran importancia el repartir con generosidad los tesoros ganados, si quiere fidelizar a su tropa. Generosidad que no significa derroche, ni arbitrariedad, sino dar a cada uno aquello que le corresponde en función de sus méritos.

La búsqueda de riquezas, lejos de ser una cualidad vergonzosa, definía al común de los mortales. Lo que no excluía, según Díaz del Castillo, móviles más elevados como el servir a Dios y al Rey. De hecho, el servicio fiel al monarca constituía para él un timbre de gloria que le hacía anteponer en mérito la Nueva España al Perú, donde los conquistadores se habían rebelado contra la Corona, enzarzándose en violentas guerras civiles.

Esa ansia de promoción social conducirá a la obsesión por acumular cuantos más tesoros mejor. Las fuentes de la época no disimulan el afán de lucro de los españoles, expresado en ocasiones de manera muy gráfica y ostentosa. Así, tras la toma de Coyoacán, cuando celebraban una especie de banquete de la victoria, el exceso de vino desató las lenguas: hubo quien dijo que pensaba comprar caballos con sillas de oro, o que haría de ese metal sus saetas. Nos situamos, en suma, ante las típicas manifestaciones de dispendio de unos nuevos ricos.

Cortés se hallaba al frente de esta tropa de aventureros codiciosos, a veces indisciplinados. ¿Cómo se las arregló para imponer su autoridad? Para su amigo Bernal Díaz, resulta evidente que fue un «valeroso y esforzado capitán». En este punto, el del valor, coincide con todas las fuentes disponibles, ya que ni siquiera los enemigos de Cortés se atrevieron a tacharlo de cobarde

en la más mínima ocasión. Era, por así decirlo, el más valiente entre hombres por naturaleza atrevidos. Sin esta cualidad, difícilmente se hubiera hecho respetar entre soldados para nada sumisos, a quienes mandaba ocupándose personalmente de cualquier detalle: «tenía gran vigilancia en todo». Una vez planificada cuidadosamente la batalla, se lanzaba al combate como uno más, dando ejemplo, igual que a la hora de soportar el hambre y el cansancio. ¿Padecía, tal vez, algún tipo de tendencia suicida que lo impulsaba a no rehuir el peligro? Quizá sí, o quizá sólo era consciente de que tenía que ser un modelo a seguir si quería que sus órdenes se obedecieran. «Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados», dijo a sus hombres en cierta ocasión, durante el inicio de la aventura mexicana.

Aunque la visión de Bernal dista de ser acrítica, el afecto y la admiración que siente por su antiguo jefe quedan más que patentes en su crónica. En ningún momento duda de su talla excepcional, comparable a la de grandes guerreros de la Antigüedad como Alejandro Magno, Aníbal, Escipión el Africano, Julio César o Pompeyo. El mundo clásico, por cierto, será siempre un rasero con el que los españoles medirán los acontecimientos del Nuevo Mundo, con el fin de demostrar que sus hazañas no desmerecían de las protagonizadas por griegos, cartagineses o romanos. A título de muestra, vemos lo que dice Bernardo de Vargas Machuca en el inicio de su *Milicia Indiana*: «[...] Los romanos, porque tuvieron clavada la rueda de la fortuna por largos años, hasta que los Católicos Reyes de España oscurecieron y derribaron su nombre de la cumbre en la que estaban colocados, por su gobierno y espada, quitándoles de las manos la fortuna que tan asida tenían, tomándola para sí, extendiendo tan largamente las alas de la fama por sus famosos hechos».

El liderazgo de Cortés, más que en la fuerza, se basaba en la persuasión. Nos encontramos ante un capitán lo bastante lúcido como para permitir la expresión de opiniones discordantes. Lo bastante inteligente como para seguir un consejo acertado, viniera de donde viniera, sin pretender que su postura prevaleciese siempre. Como más tarde explicará Vargas Machuca, el buen general es el que deja al soldado manifestar lo que siente. Sea porque espera sacar un beneficio de su opinión, o meramente por sentido de la cortesía.

Convencido de este principio, nuestro hombre, más que imponer su autoridad por las bravas, pretendía convencer a los hombres bajo su mando. Las decisiones se toman después del debate, pero no hay que hacerse falsas ideas sobre una «democracia militar». Antes de plantear un tema, Cortés tiene la precaución de hacer el trabajo previo de buscarse apoyos. De esta manera evita que se produzcan imprevistos.

No en vano, nos encontramos ante un manipulador consumado, capaz de ejercer el poder con puño de hierro pero con guante de seda. Lo demuestra cuando se dirige a los suyos con exquisita educación, utilizando expresiones como «hermanos y caballeros» o «señores soldados». Si ha de pedirles que lo escuchen, lo pide «por merced», es decir, por favor, sin decir una palabra más alta que otra ni desahogarse con blasfemias, tan en boca de unos profesionales frecuentemente rudos como son los soldados, siempre con una afabilidad y un *savoir faire* que le hacían ganarse el corazón de sus hombres. El hecho es que, ante toda clase de interlocutores, sabrá desplegar un arte indiscutible para la diplomacia. Cuando se lo proponía, lograba convertirse en un seductor, en un encantador de serpientes capaz de conquistar a propios y extraños con su despliegue oratorio. «Cortés siempre atraía con buenas palabras a todos los caciques», nos cuenta

Bernal Díaz del Castillo, quien se quita el sombrero ante la elocuencia de su capitán.

En resumen: como decía Antonio de Solís, historiador del siglo XVII, nos hallamos ante un comandante que sabía «ser superior sin dejar de ser compañero». No se puede resumir mejor el talento para ejercer la autoridad conciliando polos en apariencia opuestos.

## CORTÉS, EL PREDICADOR

Cortés era militar, también político. Y, por extraño que suene, también un misionero insistente, a veces fanático. No en vano, la espada y la cruz acostumbraban a ir unidas. En la *Historia verdadera de la conquista de España*, aparece a menudo insistiendo a los indios para que abandonen sus creencias, a las que descalifica por idolátricas, en beneficio de la auténtica fe, la cristiana, por supuesto. De ahí que, en repetidas ocasiones, presione a los autóctonos para que se deshagan de sus dioses, esas «cosas malas» que amenazan con llevarlos al infierno, para sustituirlos por imágenes de la Virgen María, ofreciéndoles a cambio la salvación de su alma, pero también beneficios más inmediatos y tangibles como buenas cosechas.

Su estilo es, en efecto, el de un predicador. Lo comprobamos en un parlamento que reproduce Gómara, dirigido a los indios, en el que parece más un religioso que un militar: «Todos los hombres del mundo [...] tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, más aún también parientes en sangre».



Dios azteca Xipe Tótec

Sin embargo, pese a esta igualdad esencial, la providencia ha querido que unos nazcan sabios y otros no. Por eso, los primeros tienen la obligación de enseñar a los segundos e instruirles en el conocimiento más importante, el de las cosas divinas. No obstante, dentro del bando español, no todos compartían la tendencia a imponer el cristianismo por la fuerza. Un sacerdote que acompañaba la expedición insistió en que no se debía coaccionar a los nativos para que se convirtieran al catolicismo, porque, a fin de cuentas, si se destruían sus templos, se limitarían a adorar a sus ídolos en otros lugares.



Cortés, en una demostración de pragmatismo, siguió el consejo. A juzgar por los datos disponibles, debió de ser un hombre devoto, siempre atento a presentar sus respetos a los sacerdotes y a cumplir con puntualidad sus obligaciones piadosas, ya fuera asistiendo a misa o participando en procesiones.

Su religiosidad, lejos de ser criticada en su tiempo por «demasiado beata», iba a crear escuela. En *Milicia Indiana*, Vargas Machuca aconseja a los comandantes españoles en América que cuiden mucho sus prácticas religiosas antes de iniciar una campaña, con gran atención a las oraciones y llevando a un sacerdote consigo. La confianza en la protección divina no era un asunto menor, pues contribuía a mantener alta la moral de la tropa: «Esto anima mucho y les da esperanza de victoria y van con gran certidumbre a ella».

Por descontado, todas las exhibiciones de fervor religioso no impedían que Cortés se mostrara implacable cuando la ocasión lo requería. En cierta ocasión, no duda en ahorcar a un tal Mora por haber robado dos gallinas a los indios, hecho que venía a socavar la política de amistad hacia ellos. Su ejército, si quiere la victoria, ha de dar buena imagen ante la población local, y su jefe no debe pasar por alto las acciones de un hombre cruel. De ahí que la dureza y las exhibiciones de «sensibilidad» vayan de la mano, en un intento de convencer a los demás de que ciertas demostraciones de fuerza le vienen impuestas por las circunstancias. Por disimulo o por lo que fuera, el mismo comandante que ordenaba ejecutar a unos desertores se lamentaba, acto seguido, de tener que ordenar sus muertes. Y lo hacía «con grandes suspiros y sentimientos». En esta tesitura, la formación recibida en Salamanca le servía de gran ayuda. Llegaba el momento de citar la célebre frase de Nerón, aún joven, cuando todavía no había degenerado en tirano, antes de firmar una pena capital: ¡Quién no supiera escribir!

## MÁS ALLÁ DE LA CONQUISTA

Tras una lucha encarnizada, nuestro protagonista se alzará con la victoria en 1521. De ser el jefe de una pequeña hueste ha pasado a convertirse en el amo de un inmenso imperio. A partir de este momento, parece que su biografía se acabe. En parte es lógico que la conquista, esos dos años tan intensos, dejen en la oscuridad el resto de su vida. Pero esta inclinación de los biógrafos por el momento del clímax es injusta. ¿Qué sucede con las múltiples expediciones que impulsó con la vana esperanza de encontrar una segunda Nueva España? El fracaso de estas tentativas las ha hecho caer en el olvido, por el desinterés de los historiadores, con lo que perdemos de vista no sólo la importancia que tuvieron para Cortés, también sus consecuencias determinantes para el conocimiento geográfico. Un reconocido especialista mexicano, Miguel León-Portilla, nos explica que el anhelo por explorar el Pacífico, el denominado entonces «Mar del Sur», no se redujo a una vana quimera. Se materializó, por el contrario, en realidades tangibles:

Más allá de cualquier ponderación, enunciaré desde un principio algunas de las más obvias consecuencias de los afanes de Cortés en el Pacífico. Entre otras cosas, en función de ellos se emprendieron algunas de las primeras construcciones de navíos en el continente americano; se realizaron las más tempranas navegaciones organizadas en el mismo Nuevo Mundo con destino a Asia y, también desde puertos mexicanos, al ámbito peruano de la América del Sur; se consumó el descubrimiento de California y de su perfil peninsular; se inició la exploración del Pacífico norte; se elaboró la primera cartografía al noroeste de América [...].

A Cortés, sin embargo, no le debió consolar el posible veredicto de la Historia. Cada vez lo rodeaban más enemigos, dispuestos, como él mismo dijo, a reventar hartos de su sangre. Conservará hasta el final las ganas de pelear y de hacer males sus méritos, pero la fortuna le será esquiva. Hay que reconocer, pese a los elogios de sus apologistas, que va perdiendo facultades. El jefe veloz de los tiempos de la conquista deja paso a un comandante envanecido de sí mismo que en la expedición a las Hibueras se mueve con lentitud junto a una gran comitiva en la que hay de todo, incluso músicos.

A caballo entre las luces y las sombras, su figura aún es capaz de suscitar apasionadas polémicas. Lo demuestra el revuelo que ha provocado el hispanista francés Christian Duverger al sugerir que fue el extremeño, y no Bernal Díaz del Castillo, quien realmente escribió la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. El fascinante debate sobre esta tesis ha tenido el efecto benéfico de colocar nuevamente en primera plana a un personaje inagotable, que fascina y repele a un tiempo. No se trata, desde luego, de volver a la historia entendida como la biografía de los grandes hombres, pero tampoco de caer en el extremo contrario, suponer que sólo cuentan las estructuras sin dejar espacio para la individualidad. ¿De verdad creemos que si Hernán Cortés no hubiera conquistado el Imperio azteca, otro hubiera ocupado su lugar? ¿Quién si no él podía doblegar al Imperio azteca? Pedro de Alvarado desde luego que no: si bien se distinguía por su extremo coraje, carecía de cualquier habilidad política. Su falta de tacto y su crueldad se revelarían contraproducentes, sobre todo en un episodio tan aciago como la matanza del Templo Mayor. Por ello, el ensayista mexicano José Vasconcelos lo retrata con palabras definitivas: «Prueba de que cualquier capitán valiente

no hubiera bastado para consumir la conquista, es el caso de Alvarado». Por su parte, el historiador hondureño Rodolfo Pastor contrapone la visión política cortesiana, imbuida de astucia renacentista, con las limitaciones de otros conquistadores «más codiciosos, impulsivos y fanáticos».

# 1

## La raíz extremeña

Los emigrantes no acostumbran a abandonar su hogar porque sí. Medellín es famosa porque muchos de sus hijos cruzaron el Atlántico para buscar en América –las Indias, como entonces se llamaban– una vida mejor. A lo largo del siglo XVI, seguramente más de medio millar de personas cruzó el océano para instalarse en el Nuevo Mundo. Eso la convierte, como señala el historiador Esteban Mira Caballos, en «la localidad más emigrante de toda Extremadura». De ahí que en las actuales repúblicas de Colombia, México y Argentina encontremos ciudades bautizadas con su mismo topónimo. Entre los medellinenses que se hicieron famosos en las tierras recién descubiertas, el más célebre es, sin discusión, Hernán Cortés, pero no faltan otras figuras destacadas. Entre ellas, algunos de los mejores capitanes del conquistador de México, como Gonzalo de Sandoval



Universidad de Salamanca

que se dedicara a preparar a sus alumnos en los rudimentos del latín, de forma que estos, más tarde, pudieran asistir a las clases de la facultad de su elección.

Núñez de Valera estaba casado con Inés Gómez de Paz, medio hermana de Martín Cortés, una mujer que iba a prodigar a su sobrino los mejores cuidados. Tras la conquista de México, Hernán le enviaría una carta en la que le agradecía muy afectuosamente todas sus atenciones: «Aún no tengo olvidadas las mercedes y caricias que vuestra merced me hizo en mi niñez», le escribió. Sin embargo, tanta gratitud se le borraría de la memoria al cabo de un tiempo, por graves diferencias con el hijo de Inés, el licenciado Francisco Núñez. En cierta ocasión en que le preguntaron si conocía a Núñez, Cortés respondió con indiferencia brutal: «El dicho licenciado Núñez es hijo de una mujer que hubo su agüelo deste declarante». Como era de esperar, su

# 2

## Soñando con el futuro

Cuando Cortés cruza el Atlántico, decidido a buscar nuevos horizontes, España se halla en pleno proceso de expansión ultramarina. Todo había empezado con los sueños europeos de llegar a Extremo Oriente, la tierra de las especias, donde sería posible hacer grandes riquezas a través del comercio. Sin embargo, la ruta hacia China y Japón, necesariamente terrestre, estaba en manos de los musulmanes. Eso hizo que, a mediados del siglo XV, los marinos portugueses se plantearan un trayecto alternativo, bordeando África. Primero lograron doblar el cabo Bojador; más tarde el de Buena Esperanza.

Ante el monopolio lusitano de la vía marítima hacia Asia, a Castilla no le quedó más remedio que intentar descubrir un trayecto por el oeste. Era el momento propicio para que apareciera un navegante



Mapa del Caribe.

Pese a los intentos de la Corona por limitar los desmanes más flagrantes, la región sufre las consecuencias del encuentro letal entre dos mundos antagónicos, por lo que el resultado es tan destructivo como si entraran en contacto la materia con la antimateria. Para los indígenas, lo habitual y lógico es procurarse lo estrictamente necesario para vivir. Producir excedentes no está en sus planes. Los colonizadores, en cambio, buscan riquezas a toda costa. Y su idea para alcanzarlas no es cultivar la tierra o explotar las minas, sino hacer que otros lo hagan en su lugar. Al fin y al cabo, muchos son hidalgos o aspirantes a hidalgos; para esta pequeña aristocracia, el trabajo manual es tabú, una mancha infamante.





Conquistador español

era aplicarlas en territorios lejanísimos, sin suficientes recursos coercitivos. Los medios implementados desde la Península, como dijo Solís, «perdían la fuerza en la distancia».

Un año más tarde, Vasco Núñez de Balboa, a la altura de la actual Panamá, descubre un nuevo océano, el Pacífico. En un clima de efervescencia, las expediciones se multiplican, todas a la búsqueda de tierra firme. Al igual que había sucedido antes en La Española, la población nativa de Cuba comenzaba a extinguirse. Resultaba urgente, por tanto, la búsqueda de más dominios.



Grijalva

pie a la feroz ironía con la que Bartolomé de las Casas ridiculiza la obsesión hispánica por las riquezas fáciles: «Preguntóles [...] si tenían oro y que se lo comprarían o trocarían [...]; y este fue, como siempre, que los españoles acostumbraron, el principio de su Evangelio y tema de sus sermones». Los nativos les respondieron que, si querían oro, debían continuar hacia donde se ponía el sol. Hacia un territorio llamado México.

Animados por las riquezas que hallaban, los expedicionarios solicitaron a su comandante que poblara



Velázquez

Algunos cronistas afirman que Cortés, en el momento de partir, se rebeló contra Velázquez, decidido como estaba a actuar por cuenta propia. Pero Antonio de Solís, en su *Historia de la conquista de Méjico*, argumentó convincentemente que eso no podía ser así. El de Medellín era demasiado astuto para demostrar una abierta rebeldía en un momento tan prematuro, al hallarse bajo la jurisdicción del gobernador. Aún necesitaba hacer escala en otros lugares de Cuba, donde recoger provisiones. «No negaremos que Hernán Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velázquez –escribe Solís–, pero fue después».

# 3

## El inicio de la conquista

Unos quinientos cincuenta españoles acompañaron a Cortés cuando este partió hacia México, el 18 de febrero de 1519. Contaba con doscientos o trescientos indios, además de algunos esclavos negros. Un piloto experimentado, Antón de Alaminos, se ocupa de guiar la flota. Ha servido en las anteriores expediciones a Tierra Firme, primero en la de Hernández de Córdoba y después en la de Grijalva.

Cuando los barcos llegan a la isla de San Juan de Ulúa, en Jueves Santo, dos canoas grandes salen a su encuentro. Los indígenas las denominan 'piraguas'. Lo primero que hacen es buscar al jefe de los españoles: el navío más grande, donde se hallan los estandartes, les proporciona la pista correcta. Son enviados del emperador de los aztecas, Moctezuma. Como buenos diplomáticos, comienzan ofreciendo su cara más amigable:



San Juan de Ulúa

menos. De lo que se trata es de constituir, aunque sólo sea sobre el papel, un cabildo o ayuntamiento. Los cargos, naturalmente, recaerán en partidarios de Cortés. Una vez elegidos, estos se apresuran en nombrarlo justicia mayor y capitán, con lo que sus cargos ya no proceden de Diego Velázquez. A partir de aquí, ya sólo estará obligado a rendir cuentas al Rey. En consecuencia, se verá revestido de legitimidad para nombrarse gobernador de las tierras de las que consiga apoderarse.

## EL MITO DE LOS BARCOS QUEMADOS

Los hombres de Velázquez, como cuenta Bartolomé de las Casas, no se tomaron nada a bien esta especie de golpe de Estado incruento. Pero Cortés interviene rápidamente para prevenir una reacción en su contra, ordenando prender a los disconformes. Tendrá que



Las naves de Cortés.

meses, era muy posible que efectivamente su casco se hubiera deteriorado, por lo que en un primer momento nadie puso en duda su palabra. Mientras tanto, Cortés se lamentaba vivamente en público por tan sensible contratiempo. Su ardid era propio de un consumado maquiavelismo, a la vez que denotaba un considerable talento de actor. En esta, como en otras ocasiones, hizo del disimulo un auténtico arte.

Con los hechos consumados, pudo decir a sus hombres que sólo les quedaba cumplir con su deber, «pues a los osados siempre ayudaba la fortuna». Lo cierto es que su gesto crearía escuela y sería repetido por otros conquistadores. Francisco de Montejo, en 1527, haría algo parecido mientras peleaba en Yucatán.

Entre tanto, ha de preocuparse por cómo gestionar la relación con los indígenas, a los que asegura que trae intenciones amistosas. Estos le ofrecen regalos convencidos de que los foráneos, por sentido de la cortesía, se marcharán después. De esta forma, unos y otros evitarán el enfrentamiento violento. El efecto, sin embargo, es justo el contrario. Los extranjeros, ajenos a esta



Encuentro de Cortés con los tlaxcaltecas

acentuar el contraste entre aztecas y españoles, ordena a los suyos que respeten las propiedades de los tlaxcaltecas, limitándose a tomar lo que sus anfitriones buenamente quieran darles. Es consciente de no hallarse entre gentes primitivas, sino en medio de una civilización avanzada a la que no puede dejar de admirar: «Entre ellos hay de toda manera de buen orden y policía y es gente de toda razón y concierto».

# 4

## Cortés en el país de las maravillas

Por fin, el 8 de noviembre de 1519, los españoles entraron a Tenochtitlán, una majestuosa ciudad situada sobre una isla, a más de dos mil doscientos metros de altitud, y con una población que debía de rondar los doscientos mil habitantes. Para hacernos una idea de lo que significa esta cifra, pensemos que Londres, en la misma época, contaba con apenas sesenta mil.

Moctezuma, transportado sobre una litera bajo un deslumbrante palanquín, iba vestido con sus mejores galas: plumas verdes, adornos de oro y turquesas... Lucía la más importante de sus insignias, el *xiuhuitzolli*, la diadema que simbolizaba la realeza, de forma triangular. Todo en él reflejaba la pompa y el lujo de una corte fastuosa, donde los astronómicos gastos suntuarios sólo podían financiarse con una política de conquistas. Precisamente por ese esplendor, pudo





Plaza del Templo Mayor.

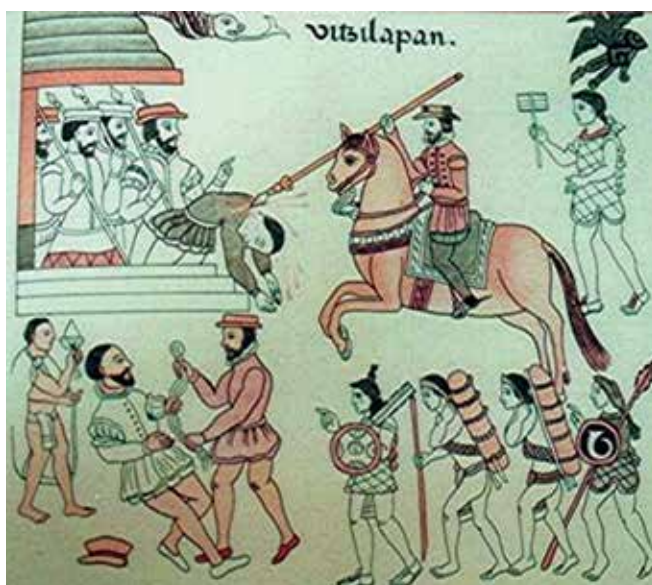
No es extraño que Cortés, al relatar a su emperador las maravillas que había visto, no encontrara palabras suficientes. Temía que Carlos V tomara por fabulaciones las realidades inauditas que le contaba, algo lógico puesto que ni él mismo, testigo presencial, las asimilaba del todo: «Más como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender». El conquistador, casi en estado de *shock*, sólo acierta a balbucear palabras que por fuerza se quedarán cortas: «No podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir». De hecho, su descripción del bullificio de la capital azteca rezuma genuino asombro. Todo respira orden, grandeza y vitalidad, sea en las calles, los mercados o los templos, a los que llama «mezquitas». Aunque, por otra parte, entre sus alabanzas se desliza un cierto racismo. No acaba de explicarse cómo es posible



Moctezuma.

El golpe de mano era peligrosísimo, pero, a juicio de un Pedro Alvarado o de un Gonzalo de Sandoval, no tanto como permanecer en la inactividad, dando oportunidad a los indios para volverse en su contra. Antes de que ellos atacaran, había que tomar la iniciativa.

Cortés se hallaba ahora en situación de fuerza, pero no renunció a la seducción. Le quitó los grilletes



Captura de Narváez

oportunidades de enriquecimiento. Cortés no duda en atraérselos con toda clase de mercedes, hasta el punto de suscitar la envidia de sus propios soldados, que se sienten menospreciados. Él les responde que ninguno está obligado a seguirlo, si no es ese su deseo. «Las mujeres han parido y paren en Castilla soldados», afirma con soberbia. Puede que algunos descontentos le reprochen ser poco equitativo, pero no actúa por un impulso arbitrario. Puesto que los vencidos son mucho más numerosos, tiene que comprar su lealtad aunque sea a precio de oro, no sea que se les ocurra sublevarse. Es por eso que no duda en mostrarse conciliador y hace un llamamiento a dejar atrás viejas rivalidades.



Pedro de Alvarado



Matanza del Templo Mayor

Si el objetivo de Alvarado era intimidar a la población de Tenochtitlán, no hay duda de que la matanza resultó contraproducente. En lugar de alejar el peligro, lo único que había conseguido era verse sitiado por una masa llena de rabia, harta de la presencia de las tropas de Cortés y de sus viejos enemigos, los tlaxcaltecas, humillada por las ofensas a sus dioses, deseosa de liberar a su emperador y de recuperar las riquezas expoliadas. La carnicería del Templo Mayor había sido la gota que colmaba el vaso de su paciencia.

Sin embargo, por lo que parece, Moctezuma, se muestra reacio a unirse a la resistencia. Más bien procura lo contrario, apaciguar los ánimos. Por eso mismo, algunos españoles se referirán a él con desprecio, atribuyéndole un escaso valor. ¿Por qué no aprovechaba las circunstancias para recuperar la libertad? López de Gómara, en su crónica, habla, expresivamente, de su «poquedad». A su juicio, el emperador debió de ser un hombre «sin corazón y de poco ser». En realidad, lo que este pretendía era evitar que sus súbditos se lanzaran a



Noche Triste

ocho días después. Si no escapaban en ese momento, sólo les esperaba el desastre. Un soldado de apellido Botello, con fama de astrólogo, profetizó que todos perecerían si aguardaban más tiempo. Al parecer, lo que no acertó a prever fue que él mismo caería en medio del combate.

Emprenden la marcha en silencio total, bajo la lluvia. Entre los que huyen se encuentran, también, varios aristócratas indios, incluidos un hijo y dos hijas de Moctezuma, a modo de rehenes. Cortés está seguro de que en el futuro le pueden ser de mucha ayuda, al ser los herederos legítimos del difunto emperador. Su existencia, por sí misma, tiende a introducir un factor de división entre los aztecas.

Al principio no hubo problemas, pero, tras pasar varios puentes, una mujer los descubrió y dio la voz de alarma: «¡Se van a escondidas!». En poco tiempo, una muchedumbre se congregó para perseguir a los fugitivos.



# 5

## La Cenicienta del Nuevo Mundo

La historia de la conquista de México no hubiera sido la misma sin la traductora de Hernán Cortés, la única mujer con un papel central en la misma. Tan importante que Cervantes de Salazar aseguraba que merecía una «notable mención». Lo que tenemos, por desgracia, son datos escasos, confusos y a menudo contradictorios. El mito, sea en forma de apología o de difamación, ha ocupado las más de las veces el lugar del relato riguroso.

Después de bautizada, se convirtió en Marina. Sin embargo, ha pasado a la historia con el apodo de la Malinche, aunque, en realidad, era a Cortés a quien los aztecas llamaban así, porque siempre estaba en su compañía. El apodo significaba que era el hombre de Marina. Y lo cierto es que no fue el único en recibir este nuevo apellido. Otro castellano, un tal Juan Pérez de Artiaga, que se dedicó a aprender la lengua indígena, se transformó por la misma razón en Juan Pérez Malinche.



Imagen idealizada

Hay que admitir que nos movemos por conjeturas. Para Bennassar, la parquedad de palabras del extremeño hacia su traductora se explicaría por egoísmo: «Probablemente, Cortés quería adjudicarse todo el mérito de la habilidad política que demostró en sus relaciones con los pueblos indios».

Lo único seguro es que desconocemos los sentimientos que doña Marina inspiraba al conquistador. Al principio, entre ellos no existió nada parecido al romanticismo. Más bien todo lo contrario, a juzgar por la mezcla de promesas y amenazas que él emplea. Le dice que, si hace bien su trabajo de intérprete, la recompensa va a ser muy generosa. Le dará la libertad, la casará y le hará «grandes mercedes». Ahora bien: si la coge en alguna mentira, no dudará en hacerla ahorcar.

Sí sabemos, en cambio, que ella le guardó una lealtad a toda prueba. Y no parece que fuera por miedo, sino por una convicción genuina. Los aztecas la tentaron





La civilización maya

Será tras la conquista cuando religiosos franciscanos y dominicos se apliquen en estudiar los idiomas indios. En esos momentos, con Jerónimo y Marina, los españoles no tenían más salida que implementar un procedimiento de traducción, muy precario, como vamos a ver, pero que a fin de cuentas solucionó muchos problemas. Marina traducía del náhuatl al maya. Al conocer esta última lengua, Jerónimo podía explicar a Cortés de qué se estaba hablando.

El sistema, por desgracia, no era tan fácil. Los dos traductores sabían defenderse en lengua maya, pero, por desgracia, no se expresaban en el mismo dialecto. Entre el maya chontal de Marina y el maya de Yucatán de Aguilar existían tantas diferencias que el entendimiento se volvía problemático. «Las dificultades pueden equipararse a las de un español tratando de comunicarse con un italiano o un portugués», afirma Miralles. Con



Cortés y la Malinche, por José Clemente Orozco

La posteridad, inevitablemente, la ha tratado con ambivalencia. No han faltado elogios: un autor decimonónico, Francisco Javier Clavijero, veía en ella a «la primera cristiana del imperio mexicano». No obstante, está claro que han predominado los comentarios despreciativos. En México, tras la independencia, se ha tendido a denigrarla, hasta convertirla en el arquetipo de la traidora, todo lo contrario que el último emperador, Cuauhtémoc, elevado a encarnación de la mexicanidad. De ahí que el político liberal José Fernando Ramírez la

# 6

## La victoria

Tras la Noche Triste, Cortés, por un momento, parece a punto de derrumbarse. Ha perdido muchos hombres, buenos amigos, infinitas riquezas. Ahora se encuentra en una situación incierta, sin saber con exactitud a dónde ir ni si los indios tlaxcaltecas lo apoyaran pese a la derrota. Han sido vencidos, sí, pero... ¿quién no lo fue alguna vez? Es en medio del desastre cuando se pone a prueba el temple de un líder. Su acostumbrada elocuencia lo ayuda, una vez más, a arrastrar a los suyos: «¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió a su casa porque perdiese una batalla o le echasen de algún lugar». El mismo conquistador se responde inmediatamente su pregunta retórica: «Ninguno». Si de verdad desean la victoria, no pueden permitirse el lujo de hundirse en el pesimismo. Ahora, más que nunca, tienen que seguir adelante. Él está a dispuesto a todo, a jugarse la



Otumba.

En Tlaxcala, junto a sus aliados, aprovecha para reponer fuerzas. Si los tlaxcaltecas no hubieran respetado su alianza con los españoles, es muy dudoso que estos, exhaustos, hubieran conseguido sobrevivir. Nadie habría logrado escapar, reconoce Bernardino Vázquez de Tapia. Otro cronista de la época, fray Toribio Motolinía, se pronuncia en el mismo sentido: «Los conquistadores dicen que Tlaxcallan es digna de que su majestad haga muchas mercedes, y que si no fuera por Tlaxcallan, que todos murieran cuando los mexicanos echaron de México a los cristianos».

Los aztecas intentaron convencer a sus tradicionales enemigos de que olvidaran las viejas disputas. Ahora es el momento de constituir un frente común contra los invasores. Entre los tlaxcaltecas no faltan los partidarios de la guerra a toda costa, pero finalmente prevalece la apuesta por Cortés. El peso de la memoria histórica, con su legado de muertes y horrendos sacrificios, hizo imposible lo que tal vez hubiera sido una opción de futuro para el mundo indígena.



Asedio de Tenochtitlán

los indios amigos, que aportaron gran cantidad de zapadores, destruían las casas que iban conquistando para impedir que sus enemigos las cercaran, al caer la noche, o que les arrojaran piedras desde ellas al día siguiente. Tampoco se escaparon de la destrucción grandes edificios como el Quauhquiáhuac, es decir, la residencia palaciega de Moctezuma.

A veces, los aztecas lograban algún éxito militar. Capturaban prisioneros y los sacrificaban de inmediato a sus dioses, para horror de sus compañeros. Esto se sabe y nada tiene de novedoso, pero, en cambio, no se suele incidir en que los aliados de los españoles también se dedicaban con entusiasmo a devorar a sus contrarios. Por una cuestión de sentido práctico, Cortés les dejó hacer. Lo contrario hubiera sido enajenarse aliados imprescindibles. Gómara, en su crónica, admite con franqueza esta política permisiva, forzada por las circunstancias: «Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podía quitar el



Hernán Cortés

vecinos e truje cerca de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres, presos». Su actuación, según su propio testimonio, respondía a una inflexible lógica militar. Antes de permitir que el enemigo se agrupara, él tomaba la iniciativa. Lo admite con claridad: «É por ser yo el que acometía...». Sabe muy bien que en la guerra, como en el ajedrez, el que da primero da dos veces.



Quetzalcoatl

En realidad, la creencia en la que los indios tomaron a los españoles por dioses parte de una mala traducción. «Teules» es la deformación hispana del término náhuatl *teteoh*, plural de *teotl*, palabra que denota algo grande y magnífico, pero no por fuerza divino. Más tarde, finalizada ya la conquista, se procedería a legitimarla identificando a Cortés con el dios Quetzalcóatl, que retornaba para tomar posesión de sus tierras. Como tantas veces sucede, la supuesta profecía se fabricó *a posteriori*, en un intento de dar sentido a hechos traumáticos que exigían una explicación más allá de los absurdos del destino.

A partir de aquí, se ha convertido en un lugar común la idea de que la religión de los aztecas jugó en su contra. Una ilustre historiadora norteamericana, Barbara W. Tuchman, pintaba a un Moctezuma aterrado ante la idea de que Hernán Cortés encarna a Quetzalcóatl, paralizado hasta el extremo de rendirse sin luchar. Se trató, según Tuchman, de «un exceso de misticismo o superstición». Más tarde, cuando quedó claro que los





La viruela según el Códice Florentino

*Indias*, dibuja un panorama dantesco: «En breve todos morían». En su opinión, la mortandad no se reducía a una desgracia provocada por la naturaleza. Los españoles, con su trato despiadado hacia los indios, favorecían la extensión de las epidemias. Una población malnutrida y desnuda, sometida a una jornada laboral extenuante, se convertía en una víctima fácil. En palabras del dominico, los conquistadores no tuvieron «ningún cuidado» con la «salud y conservación» de su mano de obra.

Los historiadores han discutido mucho hasta dónde llegó la actuación letal de los microorganismos. Unos se manifiestan en términos exculpatorios. «Cortés no podía hacer nada», escribe Bennassar. La enfermedad se extendía rápidamente, causando estragos incluso allí donde no llegaban los españoles. Otros, como Todorov, subrayan que los conquistadores distaban de ser inocentes, en una línea similar a la defendida por Las Casas. Según el testimonio del mestizo Juan Bautista Tomar, que data de finales del siglo XVI, unas personas sin ganas



# 7

## La organización de un imperio

Se acostumbra a creer que la caída de Tenochtitlán culminó la conquista de Nueva España, pero eso es muy relativo. Hernán Cortés controlaba la antigua capital azteca, pero en otros lugares ejercía un dominio precario aún, por no decir nulo. Lo que sigue a continuación de la toma de la capital, por tanto, no es un período de paz. Las guerras se suceden entre los conquistadores hispanos y diversos pueblos indígenas. No obstante, reconocer que Hernán Cortés no gobernaba los amplios territorios que aparecen en los mapas no significa minimizar sus logros.

Entre ciertos historiadores, afirmar que Cortés crea México como nación mestiza ha llegado a convertirse en una creencia común. Desde una línea indigenista, el mestizaje se suele presentar como un proceso traumático de violaciones en masa. Otros, sin negar



El emperador Carlos V y su familia

eficaz, no servirá de nada. Es por eso que se dedica a publicitarse a sí mismo en sus célebres *Cartas de relación*. Aunque las dirigió a Carlos V, su destino final fue la imprenta. Vieron la luz por primera vez en Sevilla, en 1522. No tardaron en traducirse a otros idiomas y publicarse por toda Europa.

Con gran visión de futuro, nuestro hombre le sugiere a Carlos que se convierta en emperador de la Nueva España, un título que en nada desmerecería al de emperador de Alemania, que ya poseía. ¡Tan grandes eran las maravillas de las tierras recién descubiertas! Es más, tanto el Pacífico como China podían ser nuevas áreas de expansión, en las que acrecentar las conquistas.

Pero la idea, revolucionaria en sí misma, chocaba con una mentalidad arraigada. Para cualquier europeo de la época sólo podía existir un imperio, el Sacro Imperio Romano Germánico. Los otros estados eran reinos y sus titulares, en cuestión de dignidad, estaban un punto por debajo del emperador.



Indígenas en una encomienda

Pero hay un problema. Hernán Cortés, al entregar encomiendas, desobedece un mandato expreso de la Corona. Carlos V, en efecto, le había ordenado «no hacer ni dejar hacer en este país ni repartimiento, ni encomienda, ni atribución de indios». Ante el emperador, procura explicar su actitud como una respuesta obligada ante las circunstancias locales. Sin encomiendas, los españoles carecen de recursos. Sin recursos, con toda probabilidad acabarán lanzándose a una revuelta general, con lo que se perderá la Nueva España.

Un vasallo que se niega a poner en práctica las instrucciones de su señor. ¿Acto de rebeldía, quizá? De ninguna manera. Nos encontramos ante una aplicación más de un célebre principio, el de «acato pero no cumpro». Un lema que, como ha demostrado Brendecke en *Imperio e información*, no expresaba cinismo frente al gobierno imperial. Se trataba, por el contrario, de un



Los doce primeros franciscanos

Para dar ejemplo a los nativos, Cortés trataba a los monjes con la mayor deferencia, besando su hábito e incluso arrodillándose. En sus cartas, como hizo notar Elliott, se percibe con claridad la huella franciscana. El extremeño pide asistencia espiritual, pero a la vez critica la tendencia hacia la riqueza y el lujo del catolicismo más mundano. Precisamente para corregir estos vicios, su deseo es asistir en la Nueva España al nacimiento de una nueva Iglesia, «donde más que en todas las del mundo Dios Nuestro Señor será servido y honrado».

No es de extrañar que con esta actitud se ganara el apoyo de los religiosos. Para los franciscanos, Cortés era algo más que un ídolo. Lo consideraban un «General de Cristo», del que Dios se servía para llevar la salvación a millones de indígenas. Su evangelización, desde una óptica milenarista, constituía una señal de que se aproximaba el final de la Historia, el momento supremo en el que culminaría la lucha entre el bien y el mal.

# 8

## El corazón de las tinieblas

Después de la conquista del Imperio azteca, Hernán Cortés está dispuesto a todo menos a quedarse quieto. Al contrario, planea ya nuevas expediciones. Por ambición, por deseo de aventura, pero también por motivos políticos. Si ha conseguido llegar hasta donde está, es porque se ha impuesto a capitanes indisciplinados. Ahora, con la paz, no puede dejarles tiempo libre para que se dediquen a conspirar y pongan en peligro su preeminencia. Así, colocando a estos hombres turbulentos al frente de nuevas misiones, los mantiene ocupados y se evita problemas.

El siguiente objetivo de los españoles es alcanzar el Pacífico, el «mar del Sur», como entonces se lo conocía. Se trata de hallar una ruta más rápida para llegar a las Molucas o islas de las Especias. Así, en 1522, apenas un año después de la toma de Tenochtitlán, Cortés escribe a Carlos V manifestando su sueño de «hallar muchas



Cristóbal de Olid

Aunque, en este caso, exista una diferencia notable: el nuevo aspirante al poder no se jugaba su propio dinero, como sí hizo nuestro protagonista.

En un principio todo se ajusta a lo planeado. Olid toma posesión del territorio en nombre del Rey y, siguiendo el *modus operandi* característico de los conquistadores, funda una nueva ciudad, la Villa del Triunfo de la Cruz. Sin embargo, empieza a actuar por



La selva hondureña

Según su propio relato, se hallaban «más muertos que vivos». Ninguno esperaba que fuera posible salir con vida de aquel trance.

No había supuesto que iba a enfrentarse con un entorno hostil, en el que las ciénagas, «grandes y espantosas», parecían imposibles de franquear. Lo mismo que los ríos o las junglas, donde el cocodrilo o la serpiente escondían mortales peligros. Más de un conquistador, empezando por Bernal Díaz del Castillo, debió de preguntarse qué hacía metido en aquel agujero, en lugar de disfrutar plácidamente de lo que había ganado con tanto esfuerzo. De hecho, se encontraban en un medio tan salvaje que incluso el viajero del siglo XXI tiene problemas para atravesarlo, tal como nos explica Richard Lee Marks: «Aún hoy cuesta atravesar el sur del Yucatán con un vehículo todoterreno. La lluvia barre continuamente los puentes y los caminos de tierra. A menudo hay que conducir por la grava de los cauces de los ríos, cuando se ha secado el agua, soportando demoledores vaivenes».



Monumento a Cuauhtémoc (Paseo de la Reforma, México D.F.).

Por eso mismo, le propone una alianza en su contra con el fin de exterminarlos. Paxbolonacha, sin embargo, no se decidió a aceptar. Evaluó el comportamiento de los castellanos y observó que sólo reclamaban alimentos. Su sentido del honor le impedía ser hipócrita con aquellos extranjeros, fingiendo hospitalidad mientras conspiraba a su espalda. Sin embargo, ante la insistencia del emperador azteca, optó por prevenir a Cortés.

Pese a los indicios, no poseemos la completa certidumbre de que Cuauhtémoc intentara algo. En





Mapa de las islas Molucas, 1630.

las rutas mercantiles entre México y Extremo Oriente. Es curioso, como apunta León-Portilla, que diera por supuesto que la distancia hasta la especería fuera menor que la real, pese a los descubrimientos geográficos que ya se habían efectuado. Como no iba a embarcarse en la aventura personalmente, tuvo que escoger como capitán a un hombre de su confianza. ¿Dónde hallarlo? En su círculo familiar, como tantas otras veces. Álvaro Saavedra Cerón, pariente suyo, fue el elegido. Entre las detalladas instrucciones que recibió figura un punto acerca del cuidado de la moralidad. No debía permitirse el juego de naipes ni la presencia de mujeres que distrajeran a la tropa. «¡Consejos vendo y para mí no tengo!», le podríamos espetar al conquistador, él mismo un donjuán incorregible y un jugador próximo a la ludopatía.

Con su habitual minuciosidad, el de Medellín preparó hasta el más mínimo aspecto, sin olvidar la

# 9

## El solicitante molesto

Cansado de que el virrey Mendoza se entrometiera en sus planes, Hernán Cortés partió para España en 1540, con la esperanza de que en el Consejo de Indias le dieran la razón. No se le ocurría otra forma de neutralizar a un rival que le estaba amargando la vida, con una hostilidad que había subido de tono hasta extremos insospechados. Le había secuestrado su astillero de Tehuantepec, decidido a impedirle que continuara con sus viajes. Su enemigo, en palabras de Esteban Mira Caballos, «no tuvo consideración alguna con él, pese a que era pariente lejano de su esposa».

Se trataba, en principio, de un viaje con un objetivo puntual. Iría a España, resolvería sus problemas y regresaría a México con los suyos. No imaginaba que, por unos motivos u otros, su estancia en la metrópoli se prolongaría los siete años que le quedaban de vida. En



El Consejo de Indias.

este tiempo iba a mantener una actividad incansable, en medio de continuos trámites burocráticos, aunque su salud lo acompañaba cada vez menos. Doña Juana, mientras tanto, se encargaría de velar en la Nueva España por el patrimonio de la familia.

En 1528 había hecho ostentación de sus bienes. En esta ocasión, su llegada fue un poco más discreta. «Vino rico y acompañado, más no tanto como la otra vez», apuntó López de Gómara.



Fray Bartolomé de las Casas

los que quieren fortalecer el poder real al otro lado del Atlántico frente a los excesos personalistas.

En 1542, la Corona promulga las denominadas «Leyes Nuevas», destinadas a mejorar la situación de los indios. Por desgracia, su incidencia en términos prácticos fue muy reducida, por lo que prosiguió el desastre demográfico entre los nativos. En el México central, por esas fechas, quedaban apenas seis millones y medio de los once millones de personas que habitaron la región.



Sevilla en el siglo XVI

su casamiento con una aristócrata, él negocia enlaces ventajosos para sus hijos, en especial para su primogénito por vía legítima, Martín, que contraerá matrimonio con Ana Ramírez de Arellano, hija del conde de Aguilar. Esteban Mira Caballos señala que en este tema nada se dejó al azar: si la novia moría, la sustituiría la siguiente de sus hermanas. En caso de repetirse la desgracia, Martín desposaría a la Aguilar superviviente. El ennoblecimiento de la familia Cortés quedaba así definitivamente consolidado.

El conquistador no conocía el reposo, sobre todo porque muchas personas acudían a visitarlo con motivos diversos, fuera para testimoniarle su respeto, para pedir un favor o para cobrar una deuda. Necesitado de tranquilidad, se marchó al pueblo de Castilleja de la Cuesta, hospedándose en casa de un amigo. Allí sufrió un ataque de disentería y murió el 2 de diciembre de 1547, tras confesarse con gran devoción.

Su testamento, a juicio de José Luis Martínez, «es admirable, en principio, por la equidad cuidadosa con

# 10

## Juicios encontrados

La posteridad ha sido ambigua con Hernán Cortés. Mientras en España se lo mitificó como si fuera un héroe sobrehumano, México intentó presentarlo como el punto más negro de la memoria nacional.

El historiador británico Henry Kamen, en una de sus frecuentes afirmaciones polémicas, sostiene que, por lo general, España ha negado un papel reconocible a sus héroes, es decir, a aquellos que han contribuido de manera destacada a la consecución de sus glorias. Sería un país donde nunca ha existido, en su opinión, una ética del patriotismo.

Sin embargo, el propio Kamen sabe perfectamente que Hernán Cortés fue objeto, desde el principio, de la adoración de los españoles. Gonzalo de Illescas, por ejemplo, lo considera un instrumento de Dios por arrancar a los indios de la Nueva España de las garras



Toma de Tenochtitlán

forma, el extendido cliché que exculpaba por sistema al gobernante. En caso de injusticias, la responsabilidad siempre se atribuía a segundones malintencionados, de forma que la inocencia del líder quedara a salvo y con ella la legitimidad del orden social.

Un siglo después, con el movimiento ilustrado, la percepción de la conquista se volvería más distante, aunque no por ello se dejaran de reconocer cualidades en sus artífices. Francisco Javier Clavijero, en su *Historia antigua de México*, presenta un retrato de Cortés muy próximo a la hagiografía, tanto por su valor como por su ingenio, su capacidad de liderazgo o su religiosidad. Sin embargo, sus innegables cualidades se habían visto ensombrecidas «con algunas acciones indignas de la grandeza de su alma». Por otra parte, Clavijero valoraba en términos muy negativos las consecuencias del dominio español. Los mexicanos se habían visto sometidos a una horrible opresión, un castigo divino por los vicios de sus ancestros, en los tiempos anteriores a la llegada de los castellanos.



Los españoles en un fresco de Diego Rivera.

un conjunto de tribus bárbaras sin ninguna conciencia de identidad común, dedicadas a luchar entre ellas.

Vasconcelos fue un escritor de prosa amena y llena de colorido, no un historiador profesional. Su fuerte es insuflar vida a las palabras, no el rigor en la documentación. Nada más empezar, atribuye a su protagonista ancestros italianos y lo sitúa, a los dieciséis años, en la Universidad de Alcalá, no en Salamanca. Pero eso carece, en realidad, de importancia: lejos de perderse en los detalles, trata de hallar el sentido profundo de los acontecimientos. En su opinión, la obra de España en América no fue un imperialismo cualquiera, basado en el expansionismo militar, sino un proyecto civilizatorio que aportó al Nuevo Mundo la riqueza cultural de Occidente, gracias al liderazgo de espléndidos guerreros como Cortés, un hombre capaz de jugarse el todo por el todo, no una vez, sino siempre. «La quema de las naves que después le daría fama imperecedera, no fue en él un episodio singular; vivió quemándolas». Sin embargo, no se limitó a ser un conquistador audaz. Vasconcelos, con irreprimible admiración, lo considera también un estadista y, más importante aún, el artífice



# Bibliografía

- BENNASSAR, BARTOLOMÉ. *Hernán Cortés, el conquistador de lo imposible*. Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- BAUDOT, GEORGES. *México y los albores del discurso colonial*. México: Patria-Nueva Imagen, 1996.
- BRENDECKE, ARNDT. *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2012.
- CARDONA, GABRIEL; LOSADA, JUAN CARLOS. *Malos de la Historia de España*. Madrid. La Esfera de los Libros, 2013.
- CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO. *Crónica de la Nueva España*. Madrid: The Hispanic Society of America, 1914.